

cientos y noventa años, poco despues fué aquella ciudad y templo asolado: luego este era el número de años que por aquellas setenta hebdómadas era significado. De modo que el tiempo en que se cumplió lo que estaba profetizado, nos declara qué años comprehendian estas hebdómadas, pues al cabo destes años susodichos se ejecutó lo que esta profecía dice. ¿Qué se puede responder á esta razon?

Pues filosofando sobre lo dicho, todos sabemos que estas cuatro cosas fuéron profetizadas muchos años ántes que fuesen; y vémoslas agora perfectísimamente cumplidas. Porque primeramente vemos aquella república de Judea poco despues de la pasion de Cristo destruida, sin templo, sin sacerdocio, sin sacrificio, sin rey, y sin figura de república, derramada por toda la tierra. Lo segundo vemos la conversion del mundo, desterrada la idolatría dél, y plantado en su lugar el conocimiento del verdadero Dios. Lo tercero vemos que de la ciudad de Hierusalem salieron los discípulos de Cristo, los cuales pelearon constantísimamente contra la idolatría hasta morir y derramar su sangre sobre esta demanda. Lo cuarto vemos que todo esto se comenzó á cumplir en el tiempo que estaba profetizado. Pregunto pues agora: ¿quién pudo profetizar tantos años ántes estas dos señaladas obras, con estas dos tan particulares circunstancias del lugar y del tiempo en que se habian de hacer, sino solo Dios? Porque esto fué concluir todos los entendimientos, y cerrar la puerta á todas las dubdas que sobre esto se podian levantar. Porque profetizar cosas tan grandes que solo Dios podia hacer; y añadir mas, que esto se cumpliría de ahí á tantos años, y cumplirse así; y profetizar mas, que de la ciudad de Hierusalem habian de salir los que habian de emprender esta tan grande obra, y acabarla á pesar de todos los monarcas del mundo, y cumplirse ello así (como consta por todas las historias sagradas y profanas), es cosa bastante para dejar atónitos todos los entendimientos humanos, considerando en esto la grandeza del poder y sabiduría de Dios, que tales cosas pudo hacer y profetizar. Y no ménos quedan atónitos viendo cómo sin embargo de ser esta verdad, há lugar la incredulidad y ceguedad de los que no han querido adorar y conocer á Cristo.

§. II.

Singular fructo que de aquí se sigue, que es la mayor firmeza de la fe.

Pues de la firmeza de la fe que así destas profecías como de todo lo dicho hasta aquí se alcanza, se sigue un singular fructo, al cual se oráena todo lo contenido en esta segunda parte. Para lo cuales de saber, que así como cresce el hábito de la caridad, y de todas las otras virtudes con el uso y ejercicio dellas, y con el socorro de la divina gracia, y se van haciendo mas perfectas, y arraigándose mas en el ánima: así también cresce la lumbré y hábito de la fe, fortificándose y aclarándose mas en el entendimiento con la consideracion de las excelencias della, y con los dones intelectuales del Espíritu Sancto, segun aquello de Salomon, que dice (h): La senda de los justos es como una luz que resplandece, la cual va creciendo y procediendo hasta el día perfecto, que es el día claro de la eternidad, donde cesarán las sombras, y con la lumbré de gloria verémos al Señor y dador della. Pues

(h) Prov. 4.

esta fe suele venir á tanta perfeccion por estos medios susodichos, que á muchos se le figura que ya no tienen fe, sino otra lumbré mayor que la fe. Y engañanse, porque no es otra esta fe, que la que ántes tenían; mas esta viene á estar tan fortificada y aventajada en el ánima, que les parece ser otra, no lo siendo. Tal ra la fe de los sanctos mártires, por la cual tan terribles tormentos padescian con tan grande constancia; especialmente la de aquellos que sin ser acusados, ellos mismos inspirados por Dios se ofrecian al martirio por la verdad della.

Supuesto pues este fundamento, es de saber que cuando el ánima religiosa con humildad y devocion considera todas estas excelencias de la fe (las cuales todas á una voz cantan y testifican con clarísimas conveniencias y testimonios la verdad y sinceridad della), viene á concebir una tan gran firmeza de la fe, y con ella una tan grande paz y alegría (pareciéndole que de nuevo ha hallado este incomparable tesoro), que apenas hay palabras con que esto se pueda explicar. Y como acaesce al que se viste de una ropa nueva, así le parece haberse vestido su ánima de otra nueva luz y nueva fe.

Y decendiendo á considerar en particular los misterios de nuestra fe, viene á mirarlos con otros ojos, y con otros afectos y sentimientos de los que ántes tenia cuando pasaba por ellos de corrida. Y considerando el artículo de la fe que propone pena y gloria para buenos y malos, de nuevo se espanta de la eternidad de las penas del infierno y de la terribilidad del juicio venidero, donde se ha de dar esta pena. Asimismo, cuando pone los ojos en el misterio de nuestra redempcion, queda como atónito de ver cómo aquella altísima y incomprehensible Majestad quiso vestirse de nuestra carne, y conversar en la tierra con los hombres, y despues (lo que sobrepuja todo espanto y admiracion) querer morir en cruz, por obligarnos con este incomparable beneficio á amar á Dios, y aborrecer el pecado, cuyo remedio tan caro le costó. Con la cual consideracion se espanta de la facilidad con que muchos hombres cometen un pecado mortal.

Pues cuando pasa adelante, y pone los ojos en el santísimo sacramento del Altar, queda como fuera de sí, viendo cómo aquel Señor que tan inaccesible era en los tiempos pasados, pues no consentia que nadie entrase en su santuario, donde estaba el arca del Testamento (i), sino solo el summo sacerdote, y esto una sola vez en el año; y cuando el arca iba camino, no consentia que se llegase el pueblo á ella, sino que hubiese dos mil pasos de distancia entre él y ella; y ni á la halda del monte donde él daba la ley, permitia que llegase hombre ni bestia so pena de muerte (k). Pues cuando todo esto considera, espántase de ver cómo el mismo Señor que por aquella arca era figurado, haya querido dar tanta copia de sí á los hombres, que quiera estar aposentado acá en la tierra en todas las iglesias en compañía dellos, y lo que mas es, hacer templo vivo de sus ánimas, y ser rescibido en ellas. Donde podemos exclamar con aquellas palabras que Salomon dijo acabado aquel magnífico templo (l): ¿Es posible que Dios quiera morar acá en la tierra? Si el cielo, y los cielos de los cielos no bastan para darte lugar, ¿cómo bastará esta casa que yo te he edificado? Pues como cada cosa destas sea tan soberana y tan admirable, cuando el hombre la mira

(i) Josué. 3. (k) Exod. 19. (l) 5. Reg. 8.

con esta nueva luz y firmeza que le han dado, viene á concebir en su ánima este tan grande espanto y admiracion.

Pues ya cuando se ofrecen tentaciones del enemigo, acude luego (como lo aconseja Sant Pedro) (m) á este escudo de la fe, y acordándose que Dios murió por destruir el pecado, y que hay infierno para él, cuanto esto cree con mayor firmeza, tanto mas fácilmente lo despiende de sí. Pues si se ve fatigado con enfermedades y tribulaciones, y padesce trabajos y contradiciones por hacer lo que Dios manda, acude luego á esta sagrada áncora, diciendo lo que un sancto decia viéndose afligido: Tan grande es el bien que espero, que toda pena me deleita. Y aquello del Apóstol (n): No son iguales las pasiones deste siglo á la gloria que por ellas se nos ha de dar. Desta manera el siervo de Dios se aprovecha de la fe, cogiendo agua desta fuente para regar todas las plantas de las virtudes; porque todas ellas tienen cierta dependencia de la fe, como de la primera raiz de todas ellas. Por donde así como el hortelano que quiere tener bien parada su huerta, emplea todo su trabajo en cultivar y regar las raíces de los árboles (porque cuanto ellas mas medradas y cultivadas estuviere, tanto los árboles estarán mas hermosos y fructuosos), así el cristiano debe trabajar cuanto le sea posible por crecer en la virtud de la fe; porque cuanto esta raiz de las virtudes estuviere mas perfecta, y mas fortalecida, tanto tendrá por ella mas favor y ayuda para el fructo de la buena vida. Para lo cual sirve todo lo que en esta primera parte habemos tratado, con lo demas que en las siguientes trataremos.

Mas con todo esto advierto que no basta sola esta consideracion para causar esta manera de fe tan excelente, si no juntare con ella la limpieza de corazon, y pureza de la vida, y el estudio de la humilde y perseverante oracion; porque como la fe sea don de Dios, segun el Apóstol dice (o), y mucho mas esta fe tan poderosa, á él se ha siempre de pedir, y dél se ha de esperar, que es padre y fuente de las lumbrés. Porque no puede ser mayor confirmacion de la fe que la vista de los milagros; y sabemos que muchos destes vió Faraon (mayormente cuando vió los mares abiertos), y muchos mas vieron los fariseos, pues demas de los otros milagros supieron el de la resurreccion de Lázaro, y con todo esto no solamente no creyeron en Cristo, mas ántes de aquí tomaron ocasion para tratarle la muerte, porque por su mala vida no merecieron que Dios moviese eficazmente sus entendimientos á creer lo que testificaban aquellos milagros. Por lo cual no debe nadie estribar tanto en estas tan eficaces confirmaciones de nuestra fe, que aquí habemos escrito, que no entienda que la declaracion y confirmacion dellas ha de venir de lo alto, alcanzada mas por humildes y continuas oraciones, que por curiosas especulaciones. Porque sin esta divina luz, toda otra luz humana es imperfecta y oscura, y toda lengua es muda, cuando no habla interiormente aquel que nos reveló la doctrina. Mas no piense nadie, que sola esta segunda parte trata de las excelencias de nuestra fe; porque en toda esta escriptura á vuelta de otras materias verá otras singulares y maravillosas excelencias della, con las cuales el piadoso lector será grandemente consolado y confirmado en la verdad della.

Asimismo advierto que cuando el hombre quisiere confirmar su ánimo mas en esta divina virtud, y para

(m) 1. Pet. 5. (n) Rom. 8. (o) Ephes. 2.

esto recorriere á estas excelencias sobredichas (que despues de la lumbré y hábito de la fe son los principales fundamentos della), no debe poner los ojos en una ó dos particulares, sino en todas juntas; porque así como muchas voces reducidas á consonancia causan mas suave música y melodía, que una sola, así todas las excelencias susodichas (que son, segun dije, como unas dulces consonancias de la verdad que con ella concuerdan) hacen mas suave el conocimiento della.

§. III.

De cuatro principales testimonios desta verdad, y cómo se han de haber las personas tentadas en la fe.

Verdad es que entre estas consonancias (que son clarísimos testimonios de la verdad y excelencia de nuestra religion) quatro hay tan principales, que cada una por sí sola deja satisfecho y concluido todo sano entendimiento: los cuales apuntaré aquí brevemente, remitiéndome á lo que está ya dicho. El primero es el cumplimiento de las profecías, y señaladamente destas quatro tan claras y manifiestas que agora acabamos de referir: las cuales perfectamente vemos cumplidas en nuestros tiempos. El segundo es el de los milagros: entre los cuales hay algunos así de los tiempos pasados como de los presentes, que ningun hombre de juicio podrá negar. Y si un solo milagro basta para confirmacion desta verdad, ¿cuánto mas tantos y tan grandes? El tercero es la mudanza que hizo el mundo despues del misterio de la Cruz; pues en todas las naciones dél (adonde ántes reinaban las mayores abominaciones y torpezas que se pueden imaginar) se levantaron millares de sanctos y sanctas en todos los estados, que hacian vida de ángeles en la tierra, como arriba dijimos y adelante declararemos mas á la larga. El cuarto es de la destruicion y aniquilacion de aquella antiquísima república y reino de Israel, mas antiguo que el de los romanos: el cual en tiempo de David estaba tan multiplicado, que lo compara la Escripura con las arenas de la mar. Por lo cual su hijo Salomon en su tiempo lo repartió en doce partes (p), debajo de doce gobernadores, uno de los cuales tenia á su cargo sesenta ciudades grandes, cercadas de muros, y con puertas y cerraduras. Ved por aquí qué sería lo que cabria á los otros once gobernadores. Y despues que se apartaron los diez tribus, y quedó solo el de Judá con el de Benjamin, estuvo solo este tribu tan poderoso y tan multiplicado en tiempo del rey Josafat, que (como se escribe en el cap. xvii del segundo libro del Paralipomenon) tenia este rey debajo de sus capitanes generales un cuento y ciento y sesenta mil hombres de guerra, y estos muy valientes y esforzados, demas de la gente de guarnicion que tenia repartida por todas las fronteras y presidios del reino. Pues este tan grande y tan esclarecido reino, con aquella tan insigne, tan hermosa, y tan fortificada ciudad de Hierusalem, y con aquel famosísimo templo, celebrado en todo el mundo, fué totalmente asolado, destruido y aniquilado, y sus moradores derramados por todas las naciones del mundo, y en ellas avasallados y maltratados. Y este derramamiento y destierro pasa de mil y quinientos años que dura, sin que Dios los libre y socorra, ni envíe algun favor, como siempre lo hizo en los tiempos antiguos; no cometiendo ellos agora el pecado de la idolatría, por el cual fuéron llevados captivos á Babilonia. Pues ¿qué otro

(p) 5. Reg. 4.

pecado pueden haber cometido, merecedor de tan largo y tan extraño castigo, sino la muerte indignísima del Hijo de Dios, como el mismo Salvador derramando muchas lágrimas sobre la ciudad de Hierusalem se lo profetizó, como ya dijimos? Pues ¿qué entendimiento habrá tan obstinado y tan ciego, que no quede convencido con este tan espantoso castigo?

En cabo desta materia quiero proveer de una gran consolacion y remedio á muchas personas simples, que son gravemente tentadas de la fe; las cuales tentaciones les dan grandísima pena. Y como las tales personas no saben estos tan sólidos fundamentos de nuestra fe, están como atados de piés y manos, y puestos en una escuridad que les da grande tormento. Pues para los tales querria yo fabricar aquí un lugar de refugio donde se acogiesen y guareciesen en este tiempo. Y este querria que fuese un oratorio, fabricado sobre cuatro columnas firmísimas, que son cuatro verdades tan ciertas, que ningun entendimiento las pueda negar; y en medio ha de estar un Crucifijo, adonde el hombre se acoja en este tiempo.

Las verdades son estas. La primera es, que hay Dios: lo cual predica esta tan grande y tan hermosa fábrica del mundo, junto con todas las naciones dél, por bárbaras que sean; las cuales aunque no sepan cuál sea el verdadero Dios, saben que lo hay. La segunda, que Dios es la cosa mas perfecta, mas noble, mas excelente, mas alta de cuantas hay en el mundo, y de cuantas el entendimiento humano puede alcanzar; y que él es autor y dador de todos los frutos y beneficios de naturaleza, y él es por quien vivimos, y nos movemos, y somos. La tercera, que se sigue desta es, que ninguna cosa hay en el mundo mas justa, ni mas debida, ni mas obligatoria, ni mas hermosa, que servir, amar, y honrar á este Señor, mas que á todos los padres, y reyes, y bienhechores del mundo; pues él es mas que padre, y mas que rey, y mas que señor, y mas bienhechor que todos cuantos bienhechores pueden ser. La cuarta es, que entre cuantas maneras de servirle y honrarle se han descubierto en el mundo, ninguna ha habido que mas honre á Dios, y mas bien sienta dél, ninguna que mejores leyes y consejos tenga, ninguna que mas favorezca la virtud, y desfavorezca el vicio, ninguna que tales efectos haya obrado, así en particulares personas como en todo el mundo; ninguna que mas sanctas escripturas tenga, ninguna que con tantos testimonios sea aprobada, así de sanctísimos y doctísimos varones, como de gloriosísimos mártires, y de clarísimos milagros, y evidéntísimas profecías: lo cual todo está manifestamente probado en esta segunda parte. Pues siendo esto así, enciérrese el que fuere tentado en este oratorio, y abrácese con estas cuatro tan firmes columnas, que toda la potencia del demonio no podrá derribar. Porque por esta causa dijo Ricardo, que puede el cristiano decir á Dios: Señor, si somos engañados, vos nos engañastes, pues tales cosas consentistes que tuviese esta fe y religion, que no pudiese dejar de ser creida.

Fundado pues el hombre en esta católica doctrina, cuando el demonio comenzare á molestarle con tentaciones de la fe, no se ponga á disputar con él (porque es él gran sofista, y apretarle ha), sino luego en asomando la tentacion, con toda la priesa posible corra á este oratorio, y derribese con el espíritu á los piés de Cristo crucificado, protestando de vivir y morir en su sancta fe

católica. Y hecho esto, abrácese con estas cuatro columnas susodichas, diciendo en su corazon: Yo sé que hay Dios, y sé que él es Padre, Rey y Señor, y conservador de todo el universo; y que ninguna cosa hay mas obligatoria, ni mas justa, ni mas necesaria, ni mas debida, que servirle y honrarle; y sé tambien que ninguna manera de honra ni de servicio se puede imaginar mas perfecta que la que enseña la religion cristiana. Con esto me contento y me consuelo, y sé cierto que si yo viviere conforme á lo que manda esta sanctísima religion, voy por el camino mas cierto, mas seguro y mas religioso de cuantos pueden comprehender todos los entendimientos humanos. Asegurado pues con estas verdades tan ciertas, abrazado con estas columnas tan firmes, toda la potencia del demonio no prevalecerá contra él. Y para el conocimiento mas claro de las tres primeras verdades sirve la primera parte, donde se trata de la creacion del mundo, y de las perfecciones divinas; las cuales nos declaran cuán grande sea este Señor, cuán perfecta sea la providencia y cuidado que tiene de todas sus criaturas, y cuánto merezca él ser honrado y servido por lo uno y por lo otro.

Este remedio susodicho para todos es muy provechoso; mas para aquellos lo es mucho mas, que tienen tan purificado el amor de Dios, que no le aman por lo que dél esperan, aunque esto sea bueno y sancto, sino por solo ser él quien es, que es por su infinita bondad. Del cual amor, dice Sant Bernardo (q), que ni toma fuerzas con la esperanza, ni siente los daños de la desconfianza. Queriendo decir, que ni sirve á Dios por lo que espera dél, ni le dejaria de servir aunque nada esperase dél. Pues el que este amor tan desinteresado tiene, con estas cuatro verdades tan firmes fácilmente despide todas las saetas del enemigo, viendo que no hay manera de vida mas dispuesta para agradar á este Señor, que la que está dicha. Mas así á los unos como á los otros conviene leer mas que una vez toda esta doctrina susodicha, para estar mas resolutos en ella, y así mas firmes y constantes en el conocimiento, amor y servicio de su Criador. Al cual sea alabanza y gloria en los siglos de los siglos. Amen.

§. IV.

Respóndese á la turbacion de algunos flacos cuando ven tanto número de infieles y condenados.

Tambien me pareció responder aquí brevemente á la turbacion que algunos resciben cuando tienden los ojos por esos mundos y ven tanto número de infieles como hay derramados por él. A esto primeramente respondo que, así en todo lo dicho como en lo que resta por decir, tenemos clarísima y suficiente prueba de la verdad de nuestra fe; porque, como ya dijimos, aunque los misterios de nuestra fe no sean evidentes (pues son de las cosas que no vemos), mas es cosa evidente que deben ser creidos por razon de los milagros y profecías tan claras y otros testimonios con que están confirmados (r). Y siendo esto cosa tan clara, no me debe perturbar que muchos hombres que están ciegos con sus pecados y maldades no la quieran creer; porque si yo veo claramente que tengo cinco dedos en la mano, ¿por qué me ha de quitar la verdad deste conocimiento si todo el mundo dijese lo contrario? A solo Noé (s) dice Dios que

(q) Supr. Cant. serm. 23. post medium. (r) D. Thom. 2. 2. quæst. 2. art. 1. ad 1. (s) Gen. 7.

halló justo en toda aquella primera edad del mundo; y no por eso dejó el sancto varon de serlo y tener su fe entera, aunque todo el mundo caminase por otro camino. Y pocos mas justos habia en tiempo de Abraham (t), y no bastó para escurescer ó menoscabar aquella tan admirable fe entre tanto número de infieles que el Apóstol tanto engrandesce (v). Por tanto debe el hombre contentarse y consolarse con el conocimiento desta verdad tan cierta, y juntamente con esto humillarse, considerando la bajeza de su entendimiento, y dejando de entremeterse en deslindar los secretos y juicios de Dios, que son, como dice David (x), un abismo sin suelo. Y por esto debe exclamar con el Apóstol (y): ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprehensibles son sus juicios, y cómo no se pueden rastrear sus caminos!

Mas con todo esto sabemos cierto que nuestro Señor Dios está aparejado para recibir y ayudar á quien á él se convertiere, y que á nadie niega el ayuda suficiente para convertirse; y sabemos que en todos los entendimientos humanos imprimió él la ley natural, que es el conocimiento del bien y del mal, y nos dió libre albedrío para poder libremente escoger lo uno ó lo otro; y, como el Eclesiástico dice (z), nos puso delante el agua y el fuego y dió libertad para que escogiésemos destas dos cosas la que quisiésemos. Y por esto cuando pecamos, pecamos por sola nuestra malicia y mala voluntad, sin que nadie á eso nos fuerce. Por tanto si los jueces de la tierra tienen poder para ahorcar y castigar los malhechores, tambien es razon que lo tenga aquel juez soberano. Mas diréis: Su castigo es pena eterna. Es verdad; mas es cierto que este castigo viene tasado y proporcionado por sentencia de aquel Señor, que no solo es justo, mas es la misma rectitud y justicia: el cual así como galardona las buenas obras mas de lo que ellas merecen, así castiga los pecados ménos de lo que merecen. Y si dura para siempre esta pena, la razon es porque la divina sabiduría ordenó de tal manera las cosas humanas, que la vida presente fuese para merecer ó desmerecer, y la venidera para rescebir el premio ó castigo de lo merecido. Y pues los

(t) Gen. 18. (v) Rom. 4. Galat. 3. (x) Psalm. 35. (y) Rom. 11. (z) Cap. 15.

malos tuvieron tan largo espacio y tan larga espera de Dios para emendar su vida y no quisieron aprovecharse deste plazo que les dió; justo es que en la otra padezcan la pena de su desagradescimiento y menosprecio. A lo cual añade Sant Gregorio (a), que pues los hombres desalmados (que son los que principalmente se condenan) nunca pusieron fin á sus maldades, y así si siempre vivieran siempre pecaran: por esto quiere la divina justicia que no tengan fin sus penas, pues nunca ellos lo pusieron ni pusieran á sus culpas. Pues ¿qué diréis de aquellos á cuya noticia no llegó la predicacion de la fe? Digo que estos no penarán por el pecado de la infidelidad (el cual no les será imputado, pues no les fué predicada la fe), mas penarán porque pecaron contra la ley natural que Dios imprimió en sus corazones y por las malas obras que hicieron por su propia malicia y mala voluntad. Ni nos debe perturbar ser mayor el número de los que se condenan que el de los que se salvan; porque todavía, como dice Sant Juan (b), son innumerables los que se salvan, á cuya compañía irán los que imitaren su inocencia ó hicieren digna penitencia. Donde será tanto mayor la gloria de los que fueren salvos, cuanto mayor fuere el número de los condenados; pues á los tales cupo tan dichosa suerte que entre tanto número de malos fuesen ellos del número de los escogidos. Y esta condenacion de los malos redundará en gloria de la divina justicia (que ningun pecado deja sin castigo), y en mayor consolacion y alegría de los buenos, pues escaparon de tan gran peligro. Con esto pues se debe quietar y sosegar el corazon humilde, sin querer escudriñar el secreto de los juicios divinos. Porque, como dice Lactancio, ¿qué diferencia habria entre Dios y el hombre si él quisiese por su ingenio alcanzar los consejos y ordenaciones de aquella incomprehensible Majestad? Y por el mérito desta humildad con que el hombre da gloria á Dios y se mide con su propia medida, conociendo la bajeza y rudeza de su entendimiento, merecerá que el Señor le dé aquella paz, y quietud, y alegría que da á sus fieles amigos en el conocimiento de los misterios de la fe. El cual vive y reina en los siglos de los siglos por siempre jamas. Amen.

(a) 4. Dialog. cap. 44. (b) Apoc. 7.